

Severo Sarduy

COLIBRÍ

GUERRA DE ESCRITURAS

En un camión oscuro, hinchado y torpe como una barca lacustre, atraviesa Colibrí la polvareda. Mírenlo. Da grima: los pies lacerados por cicatrices y rajaduras, de tanto correr por los zarzales; en flecos deformes el pantalón de mezclilla manchada; le recoge las greñas, alrededor de la frente, un pañuelo de flores rojo chillón, como a los indios zarrapastrosos que lo rodean, hacinados en el cachivache con sus botijuelas de barro y sus petates, entre guanajos moribundos y perritos engordados, de ojos saltones y con la lengua afuera, sacando la cabeza por las jabas de henequén.

En el verde negruzco del paisaje, musgo estrujado, el camión traqueteante sigue los meandros —faros encendidos en pleno día—, el borde morado del abismo, levanta remolinos.

Huyen guajiros en guayabera, cara olivácea y sombrerón planchado, por las guardarrayas húmedas, o apartando cogoyos y troncos avinados se refugian lejos de la carretera, ahuyentados, bajo el aguacero incandesciente de algún flamboyant.

Pasan a caballo, trote ligero; con una mano se tapan la nariz, la otra suspende un racimo de nísperos ensartados en un güín.

El sudor baña el pecho de Colibrí: hilos de azurita, brillan al resistero los tatuajes.

Después de un día entero de zarandeo, lo sueltan, en las afueras, como a un jolongo más.

En un timbiriche con olor a tacos rancios —pirámides de anones moteados, cestas de guanábana; ante un espejo con anuncios de comida, una papaya cortada en dos— pide una cerveza. Se la trae, tibia, una chola de labios morados y un diente de oro, que bota la mitad en el mostrador. Le empapa el cuerpo al secarla con una esponja gigante, que restriega colérica, con manotazos de nadadora, contra el mármol, como si secara un charco de orin con un trapeador, mientras suelta tres ajos en algún idioma ritual.

Un almibarado bolero yucateco de los cincuenta, que la prieta aurificada, sin transición con las maledicencias, ahora tararea, estremece el radio de pila, su altoparlante perforado y hasta la antena torcida por donde sube inútilmente, para bajar dando cabezazos, una hilera de bibijaguas. El ventilador lento y chirriante gira en medio del artesonado —estrellas de escayola—; un aparato eficaz pela naranjas: las cáscaras doradas forman en el suelo enrevesadas iniciales, laceñas indescifrables. Hay helados.

Bajo una nube de aire carbónico se extiende sin perspectiva ante el Descalzo el suburbio: frutas, neón, orquestas, tea-

trillos. Una torre abandonada, con un banderín en lo alto; la iglesia de la cual sólo se construyó la fachada, calles adoquinadas y anchas, que atraviesan quitrines; cenefas de azulejos empañados. Una luz crepuscular y sucia enrojece de un tachonazo de espátula los aleros idénticos. Bajo una nube de vapor que el viento no deforma, el tren sube trabajosamente los elevados de hierro.

Detrás de una vidriera repleta de muñeonas de porcelana, que cerraba al interior de la tienda una cortina de encaje amarillenta y pasada, un cartel manuscrito indagaba por pintores de pulgas. Sí, pretendían los viejos entalcados que administraban aquel estipendio, hartos de hacer tortilla junto a un fonógrafo escuchando siempre el mismo disco de María Greever, emprender una reforma de estructura, motivados por la reciente miniaturización de las técnicas ornamentales y por su correlato: la boga de los decorados sobre insectos. En otras palabras: querían comprar pulgas y vestir las con velitos rosados y una corona, o de mamboletas, en short y con zaticos blancos de puntera. O hasta de charros y chinas poblanas, para las fiestas de fin de curso y la celebración de los triunfos revolucionarios en que, además de desfilar emperifolladas, las jacarandosas darían unos pasillos al son del Himno Nacional.

A pintar pulgas amaestradas, porque no había otra cosa que hacer en aquel limbo para águilas,¹ se dedicó pues Colibrí.

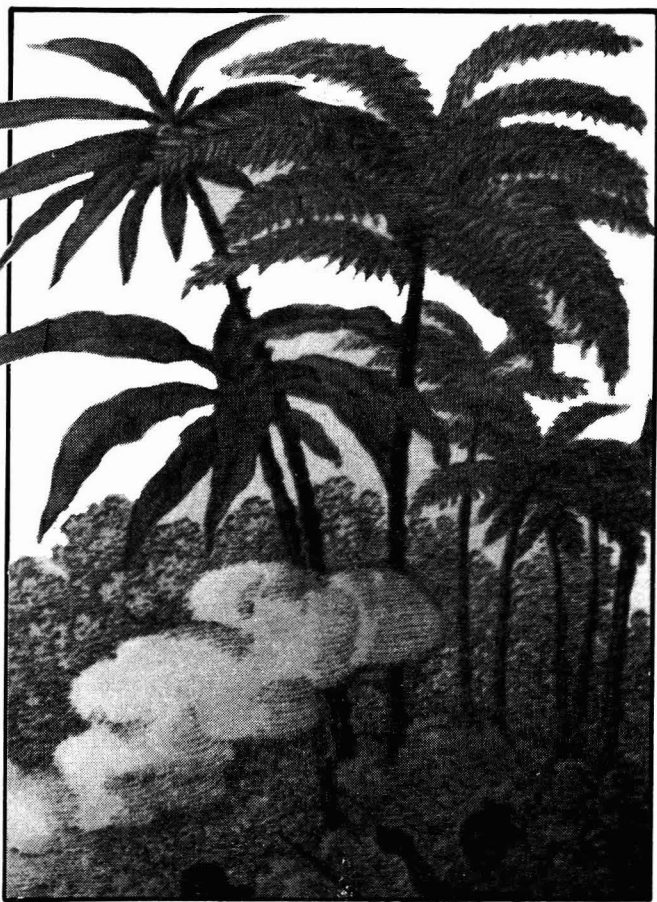
Antes de que el viento arenoso y caliente azotara los toldos de la tienda y los ahuecara como a las velas infladas —sonaban, eran enormes tambores—, a la luz sepia y granulosa filtrada por el medio punto colonial cuarteado, de gruesos cristales opalinos, que obturaba el portón del patio, se reunía Colibrí con los respetables artesanos en un reducto harinoso, donde por la madrugada ya se habían preparado las tortillas del desayuno. Lo esperaba un estuche de colores lavables, una lupa, y las nimias candidatas del día a los arabescos del *body art*, inmovilizadas sobre láminas de microscopio, gracias a un anestésico ligero que ya tenían en pulverizador.

En un estante de madera libanesa labrada, en cuyas patas se enroscaban, contemplándose en espejos ovales, profilácticos y embelesados caduceos, y cuyos pilares coronaban alejandrinas cabezas de Serapis, se alineaban en cuatro repisas, ordenados según sus contenidos y volúmenes, antiguos frascos de porcelana para yerbas maceradas, aún relucientes

¹ ¿Porqué no había otra cosa que hacer? ¿Cómo? Pues no señora: porque así lo exige esta rigurosa ficción, programada hasta en sus últimos detalles, donde nada, oígallo bien, pero absolutamente nada, se ha dejado al azar. (Nota de la autora de una tesis de doctorado sobre *Las estructuras narrativas en la obra de Severo Sarduy*.)

aunque cuarteados, con sus tapas de rosca, membranas transparentes, lacres rojizos que goteaban sobre la loza, vejigas rugosas o corchos, según las sustancias conservadas y sus necesidades o repelencias a la humedad y a la luz.

Suntuosos letreros en latín y en ese gótico germánico generoso en iniciales retorcidas, consignaban, aún para el espectador astigmático o lejano, las apelaciones y empleos de tan arcaica farmacopea, y sobre ellos, con los detalles que las hacían identificables —para el profano excesos decorativos o precisiones superfluas—, como orugas, manchas, y hasta la proximidad de ciertas mariposas o pájaros, aparecían agrandadas y legibles las hojas conservadas, con sus verdes particulares y sus nervios, sedosas o perforadas de poros, resacas, rociadas, ásperas o musgosas, de bordes irregulares o



lanceoladas, suspendidas a sus tallos curvos, con sus tresillos y botones.

Una Biblia de páginas irregulares, bordes quemados y letrones para ciegos, y un gorrión descolorido, con los ojitos ya turbios, que apenas se movía de su columpio, eran lo único distinguible sobre la proliferación de titulares entintados y los maniáticos estratos del diario.

Sí, porque se amontonaba en aquel cubil, en pilas inestables aunque regulares, el *Excelsior*; entre muebles desvencijados, junto a las paredes que la humedad manchaba con verdinegros y elaborados motivos simétricos, la superposición progresaba a cada mañana, y ya había alcanzado, en el claroscuro de los rincones, las vigas del plafón.

Intransigentes en su pasividad, o regañones, cuando no autoritarios, los viejos rehusaban deshacerse del cotidiano arguyendo que al menor hastío podrían compulsar útilmente los “instructivos artículos” de la sección cultural; así, du-

rante años habían acumulado, primero en gavetas y mesitas de noche, o bajo los orinales de loza, luego por el suelo, en ordenadas pilas junto a la consola, y finalmente sobre sillones, balances, un radio de galena, una bañera en desuso, la mitad de la cama camera, un lavadero y el fogón, la remesa diaria, que ni siquiera desplegaban, ajenos al barullo estridente y reiterativo de la actualidad, del espeso informativo matinal.

Después de los alambicados saludos, de un vistazo de fingido interés a los titulares, y del puré de frijoles negros que engullían con las tortillas, se concentraban los tres, pulcros y encarnizados como entomólogos, en las saltadoras de turno, que iban cubriendo con frambuesillas esmaltadas, cometas, patos Donald y otras finísimas refistolerías esencialmente copiadas del rotograbado dominical.

De tiempo en tiempo interrumpían las elaboradas inscripciones, la textual dedicación a los adornos, para dar un paseito reparador hasta la vidriera y, separando la cortina de encajes, confirmar, en el zócalo los progresos en la esforzada animación.

Con excesivos gallardetes de celofán, cartelones abiertamente didácticos, una tribuna que revestían los colores de la bandera y paranoicos retratos que se repetían en camisetas y gorras distribuidas al por mayor, se esperaba la llegada inminente del candidato único a la próxima batalla electoral.

Rígidamente hiladas de banderitas inútiles iniciales de neón, consignas recién teñidas que aún chorreaban la tinta barata de los impresores suburbanos, tricolores y pesadas cintas exhibían su fijeza bajo un cielo gris lluvioso donde las nubes huían aceleradas hacia el horizonte, hilachas plateadas entre las desiguales torres de la Catedral.

Un Ford descascarado, con dos bocinas en lo alto, daba vueltas y vueltas a la plaza, reiterando bajo la llovizna el jingle del candidato; un perro jadeante y sarnoso, como hipnotizado, seguía al trote esas revoluciones sonámbulas.

Tinta azul prusia y una pluma de ganso imitaban las mayúsculas medievales de los frascos farmacéuticos: en cajitas de aluminio rotuladas con esmero, y herméticas —depósitos para salvar de las hormigas al azúcar, osarios para enanas— clasificaban los viejos a las exiguas acróbatas, según los colores y fruslerías con que las había emperifollado Colibrí.

Así, las había, de arriba abajo y según su asiduidad a los pinceles —diestros y orgullosos, tiraban de los cofrecillos por un asa de cobre—, *toutes prêtes*, o *bonitas de un lado*, o *anémicas* —recién llegadas y sin colores— o *al natural*: un maquillaje estilizado, con las figuras del Tarot.

Pasaban los días haciendo tortilla y enriqueciendo en silencio “la gramática específica de su producción”, reflejo invertido —añadía, mientras atosigaba al gorrión con una jalea macrobiótica, la vieja, encaramada a una pila de periódicos que se zarandeaba— de toda economía libidinal.

En aquel difícil ejercicio, destinado a resquebrajar para siempre la sociedad —y señaló la embutidora, como a su representante, a sus pies, la tonga zapatada del libelo—, Colibrí alcanzó “esa rapidez de ejecución y economía de medios que caracterizan la obra excepcional”; con esmero aplicó a las jiribillas las figuraciones libres y otros *patterns* de que había sido soporte, desde los sumarios tatuajes por que vino indagando a la Casona hasta los crepúsculos pectorales con que lo hicieron desaparecer.

Pronto las pulgas sobrepasaron el encomio doméstico y la ramplona celebridad barrioter con que festeja la pobreza

honesta, para llegar a la notoriedad federal. Las reclamaban los parroquianos cuando intentaban amenizar, en teatrillos armados con pinzas tras un cristal de aumento —como velenos en botellas—, los vacuos mediodías de bautizos y comuniones, o la vigilia dilatada de las fiestas patrióticas.

Algunas llegaron a las ferias benéficas y tómbolas de honor del Palacio Presidencial; otras pasaron de contrabando, en un camión de piojosos, la frontera. De las “naturales”, una llegó al Japón.

En ese trajín de manecillas señalando, óvalos, guantes y estrellitas, y en el desasosiego que procuraba la iluminación masiva de amaestradas que ya, tal era la demanda, acuñaban en serie y al microscopio, había soslayado Colibrí sus “divergencias” con la Casona, así como la triple amenaza de la irritada Regente que, ausencia no quiere decir olvido, seguían suspendidas como una rama de guao sobre su rubicundo cabezón.

Atarantado por el trasiego de brinconas, creía el pobre que lo recoleto de aquel pulgatorio y lo estafalarío de aquel oficio inconsulto habían arrojado para siempre sobre él un opaco velo: el de la chusma diligente que lo rodeaba; ignoraba que las páginas en colores de ese informativo que con encanto coleccionaban los patrones, reproducían ya, aumentadas cien veces y a todo color, las pizpiretas que con ahínco maquillaban, y que las leyendas en negrita de aquellas abigarradas acuarelas, “tan inverosímiles como reales”, consignaban con pelos y señales la identidad de los artífices así como las coordenadas del hasta entonces arrebuñado local.

Se presentaron pues, un día de ventolera fuerte, tres niñas ortogonales y atléticas, como engendros de Tamara de Lempicka, en traje de cicloneas, con pantalones apretados, botas altas y un casco metálico que compartían las tres.

Hay que confesarlo: eran todas caronas, amusarañadas y sin quince, pero la del medio amigamía... se acabó el mundo: un verdadero coco pelón.

Y aquí —pronto comprenderán por qué— Colibrí se tragó un grito de espanto mientras dejaba caer por el suelo, al perder de súbito la presión de las manos, una cajuela repleta de recién pintadas de plateado que, como gotas de azogue, se dispersaron a toda máquina y siguiendo los ejes de una estructura estrellada, hasta desaparecer bajo los andamiajes de papel impreso, al abrigo de un farallón.

Como si temiera que al volverse la socarrona le encajara una agujeta de comadrona entre las cervicales, siempre dándole la cara, Colibrí fue reculando hasta encontrar apoyo en una tonga de papel. Sostenido por ese muro blando, que iba tanteando con las manos abiertas, logró llegar hasta la portezuela del patio.

Los haces colorinescos de luz, que filtraba el arco de medio punto, sirvieron de escudo a las igneas pupilas de la pigmea.

La enana —¡era ella— trepó sobre una silla y desde esa altura, con gestos catilnarios y el casco puesto, se entregó a una tángana recriminante en que diseminó sus atributos más envenenados (como peludo, intruso y comedor de anones), sordidos vaticinios y amenazas desdentadas con vistas a capturar al huidizo en una asfixiante red de sonidos que, como una pescadora de salmones, le lanzó encima:

—Creíste que tu zigzag por el zarzal— lo enredaba en la serpiente de la z— y el aprendizaje de los pictogramas auspiciatorios a que con estos brujos te has entregado, iban a librarte de la Regencia—. Y encendió un tabaco.

—Pues no —continuó después de aspirar el Partagás y lanzar una bocanada de humo añilado—. Conocemos el antidoto del bussines luciferino que se esconde bajo un inocente kindergarten de pulgas. Y con él te devolveremos al redil, pajarraco pata de perro.

Y del bolsillo anterior del pantalón de ciclonea —enorme, es verdad ¿cómo no me había dado cuenta antes?— sacó una iguana disecada y translúcida, como de cristal de roca, que recorrían vénulas escarlata, por las que aún circulaba sangre viva. Entre el pulgar y el índice, la falsa ciclonea proyectó el animalejo hacia el conjurado, como un detente.

Colgaban del rabo, de distintos colores y anudados a distintas alturas, largos cáñamos, que se enredaban como una madeja mojada, o como el pelo hirsuto de una muñeca maléfica, desenterrada después del aquelarre.

A la vista de aquel oprobio formolado, Colibrí tuvo un arqueo. Respiró fuerte:

—¡No hay dios que me ponga una mano encima!— replicó, y comenzó a arrancarse la ropa con tirones rabiosos. Soy el amo de la tinta roja y el de la tinta negra. No me darán alcance los insulsos conjuros, ni los amarres enrevesados con que me trabajan desde la Casona.

Y quedó al pelo. Lo cubrían, desde el cuello hasta los tobillos y las muñecas, pictogramas feroces: espolones, colmillos, picos y pezuñas, ojos desorbitados y concéntricos, testículos hinchados, sexos sangrantes colgando de una boca abierta. Desde el pecho y los brazos, desde los muslos y las rodillas, miraban acusadoras y amenazantes a la intrusa cientos de pupilas irritadas; máscaras monstruosas abrían sus fauces de caninos limados.

Como el del chino de la charada, o como un legible diagrama para la práctica urgente de la acupuntura, todo el cuerpo del perseguido se convirtió en un laberinto de ponzoñas y de plumas cifradas. Tragó aire. Se hinchó como un erizo. Los ocelos defensivos multiplicaron su tamaño y furor.

Para que sólo ese papiro letal tuviera mirada, su rostro quedó como ausente y anónimo, distraído, ciego. Una leve sonrisa lo atravesó, o más bien el anuncio de un sueño.

A la vista de los pictogramas, que de inmediato declararon endemoniados, la enana y sus secuaces se demudaron.

Con un grito grafofóbico —se merece de sobra, por su maldad, esta cacofonía— y los bracitos abiertos como si fuera a planear, la enana se tiró de la silla, y al tocar tierra, mirando hacia arriba como si temiera una lluvia de piedras ardiendo, se escondió veloz debajo de la mesa. Antes de emprender, siempre aliabierta y con el cabezote hacia adelante, una carrera rectilínea hacia la puerta, que escandió con maldiciones anudadas, mientras sacudía, agarrando con los dientes, al jaspeado animalejo sangrón.

Las acólitas apabulladas la siguieron, veloces hormigas cabezonas, regulares como los figurines que, en una torre catedralicia, salen del reloj. En un doble se pusieron en la acea.

Desde el otro lado de la vidriera, con las caras pegadas al cristal, planas, pero el cuerpo ya vuelto hacia la calle, como si el pescuezo pudiera darles una vuelta entera, lanzaron hacia el torso desnudo y estampado del Códex una última mirada, ésta deseosa: fueron tres grotescos alejandrinos goloseando un pastel.

El les respondió sacándose de la boca el grano de jade, con

1. ...y el distraído autor de estas páginas, tan atento a los valores formales y tan indiferente al relato, como si los lectores pagaran, y al precio que están los libros, para oír una musicanga más. *Nota del editor.*

asco, como si fuera una pastilla de menta envenenada. Escupió por el suelo. Volvió a ponérselo debajo de la lengua.

Alertados por los aspavientos meteorológicos de las impostoras, los viejos habían corrido a tapar los espejos y la jaula con unos cubrecamas gruesos, de tela de gato, y a pegar el arco de medio punto con esparadrapo.

Al oír los alaridos de la enana, prorrumpieron en un acongojado ¿Qué pasó?, que repitieron in crescendo hasta llegar a la cámara de tatuajes.

Desparrancaron la puerta con tal fuerza que sobre Colibrí y las cajas de aluminio cayeron astillados los cristallitos amatista y punzó del vitral y, como quebradizos mogotes de arena, tres tongas de periódicos que flanqueaban el estante farmacéutico y ya alcanzaban el plafond.

—Nada— respondió el Manuscrito. A sus pies, las últimas esther williams anémicas, invisibles sobre lo negro de la tipografía, campeaban por su respeto a lo largo de las páginas revueltas, saltando la suiza sobre un tapiz de iniciales rotas.

—Ha sido el viento— añadió. Y al doblarse para alzar el pantalón enrollado sobre las botas, aplastó con un manotazo plano a tres de las fugitivas que atravesaban, saltarinas y gráciles como noruegas campeonas de patinaje artístico, el estrecho de Bering que separaba las mayúsculas de un titular.

Cautelosos, como temiendo que volvieran, con la mirada fija en la campanilla de la puerta, que reiteraba un tintineo desacompañado y ronco —registro del paso de algún demonio—, vadeando los balances del salón, arcas del Magazine desbordadas y húmedas que aún oscilaban levemente, los viejos se fueron acercando a la vidriera. Colibrí se abotonaba la camisa y se alisaba con las manos el pelo, como quien emerge de una reyerta callejera o de un raudito templete.

El viejo se había refugiado en una beatitud complaciente y arbolaba una risita bobalicona y falaz, como la de un asceta atormentado que visitan diablillos tridentinos para aguijonearle las verijas y frotarle ante los ojos un bollo pelón.

La decana del adorno pulgar perseguía con las pupilas opacas un vacío emborronado y parpadeante, como un mariposón oscuro de alas mojadas. Del moño destrenzado le colgaba una peineta sin dientes, y de las manos espatuladas y nudosas el atigrado *patchwork* con que había intentado encapuchonar, como a un ave cetrera en una noche de trapo, al engurrñado gorrión.

A través del macramé, como tras un blando mucharabí, contemplaron la plazuela:

Iban, las tres, que pitaban, agitando al unísono los brazos en alto, sabinas mecánicas, aceitados autómatas que atravesaban reflejos como brochazos de plata: el brillo de las botas, el casco metálico, los peinados rojizos y laqueados.

Fueron máquinas relucientes avanzando a todo vapor sobre los adoquines de la plazoleta, que la lluvia aceraba.

Bajo el decorado electoral penoso y empapado, hacia las torres desiguales iban huyendo, huyendo, con fondo de crepúsculo deshilachado y áureo.

SORBETE DE GUAYABA

Al día siguiente, deplorando la crisis de la vocación y la del petróleo, así como la impertinencia acotrrada del candidato —mientras se ajustaba con enormes ganchos una cofia almidonada y filosa—, apareció en el pulguero una gran monja inestable.

Era altísima; ascendía, espiral y retorcida toda, como una

llama, hasta la ínfima cabecita azafranada que la coronaba: una verdadera puntilla.

Encerrados en sandalias carmelitanas, los pies, sin embargo, que sobrepasaban con creces el hábito cilíndrico y rígido como una columna, eran generosos y planos: dos patas carboneras.

¿Quién iba a ser? ¿Quién, dime, después de la enana y sus acólitas fracasadas, sino su doble y anamorfosis? Claro está. Todo el mundo lo ve. Todo el mundo, menos el alelado Colibrí, como un sinsonte en el bajío de una boa, ante la voz grave y el pausado discurso de la sor.

Sí, adoradas y sagaces lectoras, es él: el Gigantito cabezón en persona, que los imperativos de la Regencia nos han endosado bajo la forma teresiana de un vulgar travestí.

Y tan eficaz: se estira la liga de las medias, levantándose hasta los muslos, tatuados con cruces y coronas de espina, el obscuro faldón; saca del bolso una boquilla plateada y enciende un Chesterfield. Lanza al rostro del embelesado, como un sortilegio más, una bocanada de humo seguida de una estruendosa carcajada. Con un pincel del pulgas y los colores que encuentra a mano, se dibuja en cada pómulos un as de trébol. Con la punta de la lengua se lame, insinuante, el labio superior, mirando de reojo, con un mohín diabólico, la protuberante entrepierna del pajarraco.

Y cuando lo tiene —como yo a tí, o al menos eso espero— completamente distraído con sus burdas zalamerías... ¡le entierra en pleno brazo una jeringuilla entera de seconal!

Colibrí dilata las pupilas. La mira fijamente. Sus labios esbozan una risa, se abren, para pronunciar una palabra que comienza con *a*. Alza la mano derecha. Se tambalea. Y cae, redondo como un pollo, al suelo.

Antes de arrastrarlo por los brazos hasta la lúgubre estafeta que la esperaba en la puerta, la zafiz sorella, como para cerciorarse de un entuerto, o algún tapujo dismantelar con una última patada, arremetió a golpe de punteras, como una urraca histérica dentro de un internón iluminado en pleno día, contra el estante donde se alineaban los medievales y excesivamente minuciosos frascos farmacéuticos.

Como era de esperarse, aquel meticuloso *trompe-l'oeil* abría, al volverse la tableta pintada con esmero, como la portezuela endeble y crujiente de un paraván de henequén, a un cubículo en penumbra, que la apresurada hermana entrevió con perverso alborozo: sí, en aquel avispero cosmético, que sostenía en apariencia la sola devoción por la entomología estética, había gato encerrado...

Los muros de estabran adornados con monstruos macrocéfalos, huevos de avestruz, peces-gato y fetos alcoholizados; del plafón, creyó adivinar la carmelita, pendían culebras disecadas, pelucas erizadas que simulaban mandrágoras, una esfera de oro perfecta, un camaleón albino, una iguana de seis patas y el fémur derecho de Adán¹. En una esquina, sobre un tapiz blanco, con los atributos de Osiris suspendidos entre las patas delanteras y unas albóndigas rojizas en una gran fuente verde esmaltada, se solazaba, arrogante y burlesco, el siamés que corroboraba las pertinentes sospechas de la religiosa.

Cuando los viejos, sordos como un muro de hormigón armado, detectaron la alebretada campanita de la puerta y salieron, con sus tortillas matinales, y el diario aún enrollado en su faja, al contiguo gabinete de inscripciones, no encontraron ni con qué amarrar la chiva.

¹ Un "cabinete de maravillas", descrito por Patrick Mauriès como analogía de la "quincalla barroca" que ameniza la obra de sir Thomas Browne, in "*Browniana*", *Le Promeneur* IX, mi-juin, pág. 8.

Una pulga a medio vestir, con un velito de novia, abandonando su lámina de vidrio, tomó impulso y desapareció en el aire.

Se miraron como dos gatos barcinos ante un cojín plateado que flota.

Después de un silencio resignado, que interrumpía, recurrente y lejano detrás de la lluvia, el jingle del candidato de nuevo desgranado por el Ford, la propecta se volvió lentamente, y alzándose en la punta de los quejumbrosos pies, deslizó el periódico intacto en la cima de una torre.

La cara pegada a las páginas, inmóvil, como una estatua tolteca de barro, empezó a sollozar. Con el delantal embotronado de colorines se enjugaba los lagrimones.

—Se enfría —confirmó secamente al volverse, señalando con el índice tembloroso la excesiva tortilla para tres.

En un carro funerario alambicado y obscuro, con querubines jeremiqueantes y una corona opulenta, de cristal y nácar, que tiran, torpes, dos alazanes de penacho emplumado, la apócrifa novicia conduce al lelo.

Va en el pescante, distribuyendo rítmicos latigazos a los pencos y retocándose, entre golpe y golpe de fusta, los tréboles y el lúbrico lunar que ahora lleva junto a los labios violetas y abrigados. Se levanta el hábito con una carcajada y, draculesca, se retuerce toda, para estirarse, haciéndola castañetear contra los tatuajes del muslo, la liga de la media derecha. En la urna plateresca de la carroza sacude su larga boquilla dorada mientras canturrea sarcástica: "Somos ceniza..."

Deja al pajarón narcotizado envuelto en un sudario de saco purulento y ajustado con imperdibles de comadrona —don apresurado de algún leproso o alcanforada indumentaria para una autopsia—, como le había ordenado el instigador y guionista de tan reservado raptó— paciencia, pronto sabremos de quién se trata—, en la subusa entrada de unos mugrientos baños suburbanos, entre dos sacos de hule negro repletos de batilongos mojados.

De modo que... —estoy en bata de casa japonesa, faisanes de oro por todas partes, montado en unos coturnos de dos pisos y echándome fresco con una penca de guano mientras preparo el ajíaco del mediodía y saboreo un *lager* helado. Todo sucede en un patio colonial, con tinajones gusarapientos y un improvisado escenario, bajo matas de plátano; las hojas sirven de soporte a los tendidos eléctricos y de marco a los telones. Sopla el norte. Se oye el wagneriano indicativo de La Novela del Aire. ¡Qué olor a mango! ¿verdad?

Dos palmadas sonoras:

—¡Cambio de decorado muchachitas! ¡Los baños del tercer capítulo! ¡Y pronto, corazón, que el tiempo apremia!

Cuando Colibrí vuelve en sí, se encuentra entre dos hileras regulares y simétricas de ojivas, obturadas por paisajes aztecas empalagosos y descoloridos: tierra uniforme y ocre, cielo azul químico, indias con ánforas y pirámides. Al fondo, unos cortinones tiesos, antaño rojos, entrejuntos; la penumbra repleta de camastros de una saleta alfombrada. Entre los telones, en el intersticio vertical que los separa, parpadeante y muda, una pantalla de televisión ilumina el recinto de un fulgor astral y húmedo.

No hay techo: un tablero de cristales orientales, cuarteado y grueso; el óxido ha bloqueado las varillas que los abrían al mediodía. Lluve sobre las casillas mugrientas, depósito de pájaros muertos, smog y ceniza.

Un vaho tibio le llega, en vaharadas verdosas, de la sala

contigua. Bajo un ventanal empañado y alto, en literas torpemente superpuestas y curvas, de tabloncillo lijado, gravitan, acalorados y desnudos, durmientes diurnos, serenos, borrachos de la víspera, tísicos, desalojados y locos. Los ruidos de la calle, la reiterada vibración del metro reciente, el chirrido de la puerta de vidrio: nada los importuna ni desvía. Dan un manotazo en el vacío, como espantando a un animal engorroso, o ahuyentando a un enano impertinente, y se vuelven con una lentitud exagerada, como si los meciera un río estival, en el sosiego de la tarde, o una marea de aceite, negra.

Colibrí se levanta, da un traspié. Atraviesa lentamente la sala. Una mano deshuesada y babosa se extiende en la penumbra para agarrarlo. Una puerta de vidrio. Una gran esponja, de cemento, ocupa todo el muro, sobre una exigua piscina de agua estancada, turbia. Ascende dando tumbos, sin saber a dónde va, por una escalera espiral, de zinc claveado o de aluminio, dilatada y grisácea. Un neón inclinado blanco ilumina la primera vuelta de espiral. La punta inferior desconectada exhibe sus cables distensos y torcidos, forrados de teipe rojo, como un mazo de arterias. Colillas aplastadas con furia, billetes de lotería y de metro, frasquitos de champú ahuecados con ganchos, restos de jaboncillos verdes y escupitajos se acumulan en los rincones de los peldaños, para caer en llovizna tiznada hasta la planta baja.

Se encuentra en un pasillo largo, amarillo mostaza, que se extiende a un lado y otro de la escalera de zinc. Puertas entrejuntas, paralelas...

Enseguida las reconoce. Sacude la cabeza como para salir de una pesadilla o de una borrachera. En las habitaciones, bocabajo desnudas, como larvas o moluscos, se solazan las ballenas: la carne tornasolada cae sobre el *skai* de los catres, nácar amorfo sobre el rojo industrial. Todas con el pelo mojado, fumando y fumando.

Indios, antiguos tatuados del pantano, campeones de la casona —Colibrí los identifica enseguida a pesar de los harapos y de la flacuencia—, pasan envueltos, como en sarapes listados para la lluvia, en batilongos blancos, remendados con gruesas puntadas negras y perforados de quemaduras, las mangas endurecidas por lamparones de engrudo o de almidón seco: archipiélago opaco de la leche de ayer.

Se asoman por las rendijas, empujan, engreídos o pedigüenos, las puertas, las toallas mugrientas o las trusas ya levantadas por la erección.

—¿Cuánto me das? ¿Cuánto me das? —insisten. Y después de zalamalés y regateos, a la entrada siguiente, a lo largo del pasillo y del mediodía lluvioso; luz siniestra, gris de morgue, que filtra una lucerna empañada, de vidrios rotos pegados con scotch tape.

Al final del pasillo, linfática, con una venia de "neutralidad benévola", esperaba a Colibrí, dios mío, la Regente en persona.

—Vamos hombre, al fin llegas. Qué perdedera de tiempo. Y ese saco: asqueroso.

Se ha convertido en una octogenaria socarrona, o en una rusa blanca con arrugas del mismo color cifradas en la frente como jeroglíficos de cal; las greñas teñidas de caoba claro; en las manos estrujadísimas y demacradas un inmóvil abanico de plumas de pavo real.

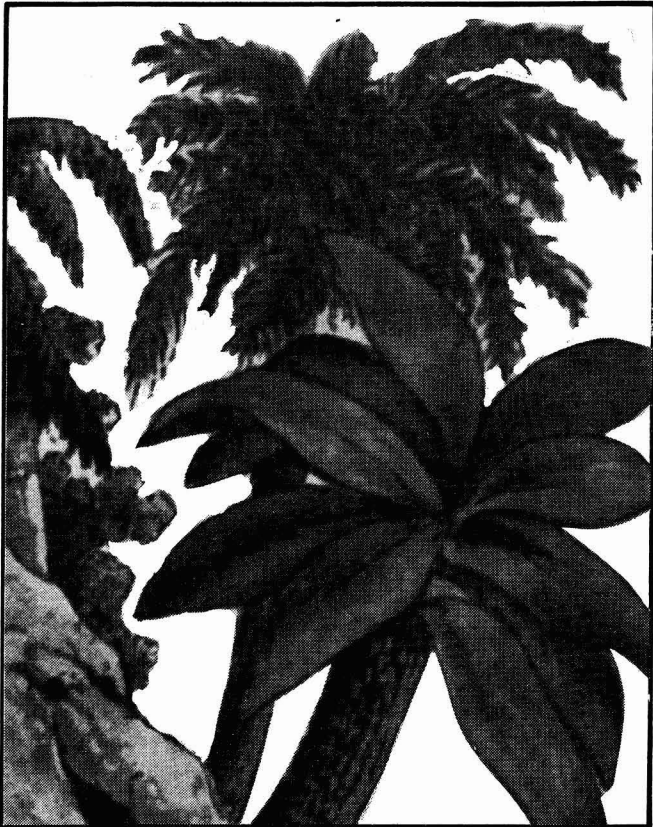
Le arranca, al Pájaro azorado, el sudario, de un zarpazo.

Queda desnudo ante ella, que lo escruta implacable.

—Hay estigmas— corrobora, inspeccionando los pictogramas. Y con un suspiro de hastío se deja caer en un destripado sofá, lánguida como una muñecona art-decò. Acude presto, con una margarita de tequila helada, un asistente

ojizarco, que mira al desnudo de arriba abajo con un mohín de asco, arrogante y felón.

Abre, ante un ventanal de vidrio, una cortina de plástico. Aparece, ortogonal y destartado, el suburbio: cabinas amarillas, de madera, pasillos con charcos brillantes, duchas, una piscina al aire libre, un tenis deshauciado y un bar. Altas torres de madera, como faros insulares abandonados, o miradores para granjas de rehabilitación, encuadran el frágil distrito de las cabinas, residuos del esplendor colonial o de la benigna revolución industrial. Grúas y bocinas mohosas, sirenas, fragmentos de raíles bajo la lluvia violenta. Cuatro indios corren bajo un mismo impermeable de hule anaranjado, que despliegan con las manos en alto sobre las cabezas y esplende en el aire plomizo como un relámpago.



go. Las ráfagas diagonales los obligan a doblarse; avanzan entonces protegidos por la pantalla fluorescente de mangas anchas y cordones dispersos, como guerreros toltecas detrás de una coraza gigantesca, subiendo a la montaña contra un tifón.

Al final de esa perspectiva rigurosa y falaz, el volcán, gris, uniforme, como pintado.

—Llévelo enseguida a la sala de masaje, para que le limpien esos garabatos —ordena, incorporándose, la Regente.

Cuando el acólito ojizarco se acerca, Colibrí, con un salto de jiribilla, se tira contra la ventana.

¡Allá va eso! Atraviesa el vidrio, parabrisas dinamitado, como un relámpago, el señor del azúcar. Ráfagas diagonales de astillas, con el estrépito de las cuarteaduras, ametrallan, afiladas y verdosas, el evaporado reducto, la odalisca lívida y su descalabrado sofá.

Con un cristalillo en cada pómulos, lágrima poliédrica, vuelve la muñeca fósil a su desganado nirvana, mientras un coágulo negruzco, con pulsaciones de medusa enferma, se va agrandando alrededor del dardo.

El apapipio, que se interpone, guardaespaldas cumplidor, entre su apergaminada patrona y la refriega, queda más acribillado que un guayo: un fetiche de cáñamo escarificado para una profanación.

No cayó el Defenestrador, descuartizado y en cueros en medio del callejón de los baños, sobre los indios que dormitaban apelotonados entre sacos de azúcar, como un colibrí que se precipita en la noche imantado por el brillo poroso de un terrón; no subió intacto al cielo boreal para convertirse en la nebulosa del Pájaro. No: aterrizó de pie, como un gato maromero, o como si llevara en la mano, esfera del mundo, su propio centro de gravedad.

Se encontraba en un patio interno, desahogo irregular o molesta excrescencia en la abigarrada arquitectura de los baños.

Empinadas sobre garras bífidas, de animales heráldicos, o de cerdo, y repletas de tierra seca, tres bañaderas napoleónicas —canteros desérticos o exiguas necrópolis para gatos suplementarios— señalaban, hacia los muros, los límites del patinejo. Hacia arriba se repetían, innumerables y rosados, los leprosos ventanales del edificio. Frecuentes y modulados como truenos de utilería —barriles que ruedan repletos de piedra—, se escuchaban los estertores de las cañerías rotas, el continuo rumor de una bomba de agua, y más cerca, una música: las guitarras roncadas del Trío Matamoros. Conversaciones acaloradas; un grito, quizás.

Colibrí los reconoció enseguida: eran los altoparlantes de la casona pugilística, junto al delta. Iba a alzar la cabeza para ver de dónde brotaba el estribillo pegajoso y familiar, cuando un ruido a su espalda lo obligó a volverse, sobresaltado.

Del lado opuesto a las bañaderas acababa de alzarse, bruta y rápida, como halada por dos titanes, una puerta de zinc.

Inútil sería consignarlo: abría a ese patio la sala de masajes donde oficiaba, en un dedalo de mangueras y aparatos acuosos, apretado en un severo uniforme de karateca, el Japonesón.

¿Apretado en un severo uniforme de karateca? No: era más bien un batilongo esponjoso y blanco, como un traje de cronista oficial del Imperio, o de samurai, donde el Gran Liso flotaba, en una geometría variable de bordes triangulares, almidonada y piramidal.

Sudaba. Tenía las cejas blancas, de yeso. Ideogramas negros, minúsculos, le cubrían toda la cara.

—Si me he pintarrajeado así— prorrumpió el Nipón, transpirante de cólera contenida, el vozarrón arenoso y prensado—, es porque voy a castigarte.

Tenía los puños cerrados, los brazos contra el cuerpo, rígidos. La bata de lona, acuñada con emblemas blancos, octógono de tiza, se desplegaba como un abanico invertido, o como un juego de paneles acribillados de pilas solares, alrededor de la columna abotagada y sólida de su cuerpo. Lo recorría una fuerza seminal: esa maldad meticulosa que sólo poseen los vengadores. La implacable gerente se la había inculcado día por día, con su lubricidad y frecuentes dádivas; no escatimaba la vejentona vejada en regalías ni en lascivias con tal de lograr su cometido: la sumisión del prófugo.

Esa sed —la captura y obediencia del pájaro evadido— se había infiltrado por cada poro del Toyotón, convertido ahora —de esa benévola barriga de leche que era— en una eficaz maquinaria propiciadora de castigos, asalariada por la Casona en proporción a su alevosía.

—Sí— añadió el fascineroso, abriendo de golpe las imbr-

cadassuperficies del traje, como si descubrieran alas inter-nas impregnadas de un polen venenoso, o provistas de ocelos fascinantes y diabólicos. Dejaste el delta, burlaste, engreído y fanfarrón como si fueras El Chiclayano, los constructivos preceptos de la Patrona. ¡Ahora vas a saber quién es la Ame-naza Roja!

Y desatándose un cinturón apretado y ancho, constelado de cuños, dejó caer el batilongo tieso, que se desplomó en el suelo como una pagoda de papel.

Se acercó al pajarito tembloroso con tres zancadas guer-re-ras, dibujada en el rostro la máscara de un demonio menor. Sopló en el aire con un silbido ronco, de boa encrespada. Iba soltando amenazas y profanaciones guturales, como si las destinara a un altar de los ancestros y no a un enemigo des-nudo, recogido sonámbulo en el patio de una casa de vapor.

Dio un grito. Abrió los brazos para esbozar una llave es-tranguladora. Los dedos le temblaron. En los labios apareció un rictus horizontal burlón.

Ya iba a meterle mano al vapuleado cuando, como un relámpago, cayó detrás del ajusticiador la corrediza portezue-la de zinc.

Con una carcajada vesánica, y estirándose, como siempre, las ligas de las medias para que les chasquearan contra los muslos, apareció en la sala de masajes, pinta, rabona y mo-cha, la fermentida freila.

—Cuidado, chino pelón —arguyó, vampírica y socarrona, la prelada impostora. Si tocas éso —y señaló, con la uña puntiaguda y violeta del meñique derecho a Colibrí, trazando una mueca de asco, como si se tratara de un animalejo maloliente y retozón— después me tienes que tocar a mí. ¡Y yo soy retama de guayacol en polvo!

Del seno, escondido en un ajustador de encaje rojo, se sacó un crucifijo gigante, de madera, que, apretado por la base, dejó salir con dos golpes secos una navaja sevillana por un lado y un tirabuzón por el otro.

—Ese pájaro lo cacé yo —añadió, jacarandosa—, gracias al magnetismo que emana de mi personalidad y, caracola, voy a rentabilizarlo de inmediato en el caudal de la Regente.

Y rompió en otra carcajada insana.

El Japonésón apabullado esbozó un ademán de ataque, como si saltara sin moverse para incorporar a su defensa in-visible la tensión de un tigre en acecho, o como si contuviera un arqueo provocado por un susto pilórico después de un co-melón.

—Cuidado— repuso al instante la modorra mónica. No soportaré una patraña más. Estoy hasta la coronilla —y se tocó, extenuada, la cofia— de los groseros simulacros que aquí todos —hasta la terca narradora de estas páginas—, pero que todos, manipulan. ¡Basta de apariencias, de bluff, de opereta al vacío y de retorcido manierismo! Y aquí tengo la prueba de tanta falsificación.

Y, como una bacante en trance se saca del faldón un ánfo-ra de vino, así la pérdida priora se extrajo del hábito uno de los frascos farmacéuticos de loza que, en ordenadas filas, con ramajes azulosos y letras baratonas, constituían la ingenua botica de los viejos.

Porque, claro está, no había *trompe-l'oeil*, ni la menor cá-mara de alquimia. Esos pobres viejos pulgosos y pedigüeños, con un canario cegato y una eterna tortilla de ajonjolí, no eran capaces, no digo yo de tatuar pictogramas propiciato-rios, aptos para cegar a un enemigo enano y felón... ni si-quiera de la brujería más vulgar.

La seudo reverenda tomó un respiro y, armada de la cruz protectora, que esgrimía en la mano derecha como un diente

de ajo ante un vampiro sediento, se abalanzó, de cabeza y a todo lo que daba, contra el impávido japon.

Le entró a crucetazos, la inexacta abadesa, con tanto fre-nesí, que le iba dejando la carne bobalicona y blanca escari-ficada de agujeros purpúreos, como los de un torpe acupuntor.

Pronto quedaron imbricados uno en el otro, como figuri-nes pornográficos de hojalata, enfrascados en la diabólica ejecución de algo que era como un tango invertido, o un mal-vado y sanguinolento *pas-de-deux*.

—¿Te gusta?— le susurraba la ofuscada clarisa al oído, mientras seguía acribillándolo con el lignus crucis y (la pa-radoja, como ya se habrá notado, era su pan cotidiano) le daba lujuriosos lamidos en los senos, que el luchador, como todos los de su cinta, tenía lampiños y desarrollados, tem-blorosos conos blandos.

—Qué delicia, ¿verdad?— y le mordisqueaba los pezones relamiéndose toda y arrancándose, de pura lascivia, la cofia reglamentaria y hasta un zapato.

—Un verdadero sorbete de guayaba. Y otro ramalazo de cruz y de lengua.

—Qué rico, chino —añadió, sabrososa—: mezclar el pla-cer con el dolor...

El olvidado protagonista de estas páginas contemplaba aquel afocante *full-contact*, boquiabierto y con el brazo dere-cho extendido —desnudo ya lo estaba—, como un ángel caí-do sobre un embaldosado, o sacando un quinqué por la ven-tana de una casa vasca.

El Toro blancote, a la vez acaramelado por los halagos lin-güísticos y lesionado por los aguijonazos de la (manta) reli-giosa, emitió un mugido entre agonizante y jocoso, síntoma del *double bind* a que lo sometía el occidente cristiano.

Viendo que sus secuaces ya no tenían ojos sino el uno para el otro, y que la concupiscente canónica iba renunciando cada vez más a sus hábitos —ultrajaba los unos con su con-ducta desatinada y regaba los otros por el suelo, alrededor del crucificado, como vestigios de una defroque—, Colibrí se alzó como pudo en la punta de los pies, estiró el brazo dere-cho, alcanzó un tubo de la cañería, sudoroso y frío, trepó, cam-inó unos pasos a lo largo de esa cuerda resbalosa, entre va-pores fríos y calientes, llaves maestras, un laberinto de man-gueras enrolladas, un extinguidor y un tanque.

Empujó, en el techo, una compuerta de madera. Recono-ció enseguida el pasillo mostaza.

No había nadie.

Ya iba a salir a la superficie, sacudiéndose con un gesto de la cabeza el agua del pelo, como un topo la nieve cuando ter-mina el invierno, cuando, arrastrando unos chancletones de madera desbaratados y abominables, con la rabia de un pe-nitente o de un inválido, vió que se acercaba, la canasta de jaboncillos en la cabeza y el batilongo empapado abierto al medio —no consigno otros detalles, amigamía, porque Coli-brí no tuvo tiempo de percibirlos—, el malvado vasallo oja-zul ejecutor de la Gerente.

Comprendió, el evadido del *underground*, que ya no podía volverse atrás.

Empujó la compuerta con tal furia, que los tabloncillos se estrellaron contra el revestimiento anaranjado y lavable del suelo; una pequeña lagartija desalojada corrió a lo largo del pasillo y llegó hasta la escalera de caracol.

Fue cayendo por los peldaños de hojalata con un campa-nilleo cada vez más espaciado y tenue.

Colibrí ascendió entonces, de un salto, como en un vuelo

vertical. Quedó un instante fijo en el aire. Las puertas del pasillo se abrieron al unísono. Un reloj dio las tres.

El acólito lanzó las chancletas y el canastón de palmolivillos como si de la rápita no hubiera brotado un hombre sino un conejo gigante que le guiñara los ojos. En pos de ayuda urgente corría hacia los aposentos de la patrona, gritando "se acabó lo que se daba".

El Pájaro se eclipsó en uno de esos antros cucarachosos y mugrientos que no sin cierta sorna la gerencia denominaba *relax*; los ocupantes, después de algún comercio innoble, habían arrojado sobre los catres rojos y tambaleantes, y hasta por el suelo encharcado, los tapadotes reglamentarios con manchones blancuzcos, amarillentos o carmelitosos; pare-

con un puñado de hojas machacadas, que el menesteroso se tragó sin protestar y a secas.

Al poco rato sus ojos fueron dos brasas.

Sintió un gusto salado en la lengua.

Le dio por caminar.

Segura de tener al pajarraco atrapado, y, según sus deseos, atado a una columna de la sala de masajes; barajando castigos y escarmientos o gozando con los que, obediente, el japonés ya le habría infligido, la Gerente, oronda, se vistió para matar.

Rectificó una última vez su maquillaje en el tocador rosado de su aposento. Iba con un traje sastre azul pastel —precioso, por cierto—, zapatos de plataforma, un bolso beige colgado al hombro y, ocultando con su sombra los estratos superpuestos de arrugas, un sombrero ladeado, de fieltro negro.

La pobre.

Cuando llegó a la sala de masajes, saboreando su venganza concentrada por los años, quedó de perfil ante un vitral con cristales esmeralda y motivos vegetales estilizados, vestigio de dios sabe qué reforma en aquel heterotópico local.

Buscó enseguida al impostor cazado. No vio nada.

Se restregó los ojos, virriajándose el *eye liner* azul prusia. Lo que descubrió la dejó... no encuentro el adjetivo pero sería algo así como atónita, demudada, muda, etc.

Sí: en medio del salón, y sobre un estrado de madera, entre vapores y sahumerios, sin el menor decoro, y como si quisieran ofenderla en su propia cara, riéndose a las carcajadas y en sus propias narices de la misión asignada, se refocilaban —y de qué modo— la ex profesora y el luchador.

Sobre el ocre del fondo, incrustados uno en el otro —o más bien ella, con su cabeza de puntilla, entre dos vastos hemisferios: los senos del samurai—, respirantes, amoratados, con babosos movimientos ameboides, los templantes eran como un signo birriajado, híbrido, borrón de la escritura zodiacal. Daban asco.

Un bombillo parpadeante y verdoso, con dos hilos divergentes oscuros, les colgaba encima; sus sombras ondulan siguiendo el balanceo de la luz: un pulpo enfermo.

—No es verdad— susurró la Gerente, como a cada mañana ante el espejo, cuando constataba, garabateados bajo los ojos, los nuevos estigmas del tiempo.

Temblaba toda. Un lagrimón negro le cuarteó el maquillaje de la mejilla derecha. Los vapores de la sala le hacían chorrear, de la peluca rojiza, a lo Gilda, unos goterones caoba claro.

Se tragó un puñado de librium.

Temblaba más.

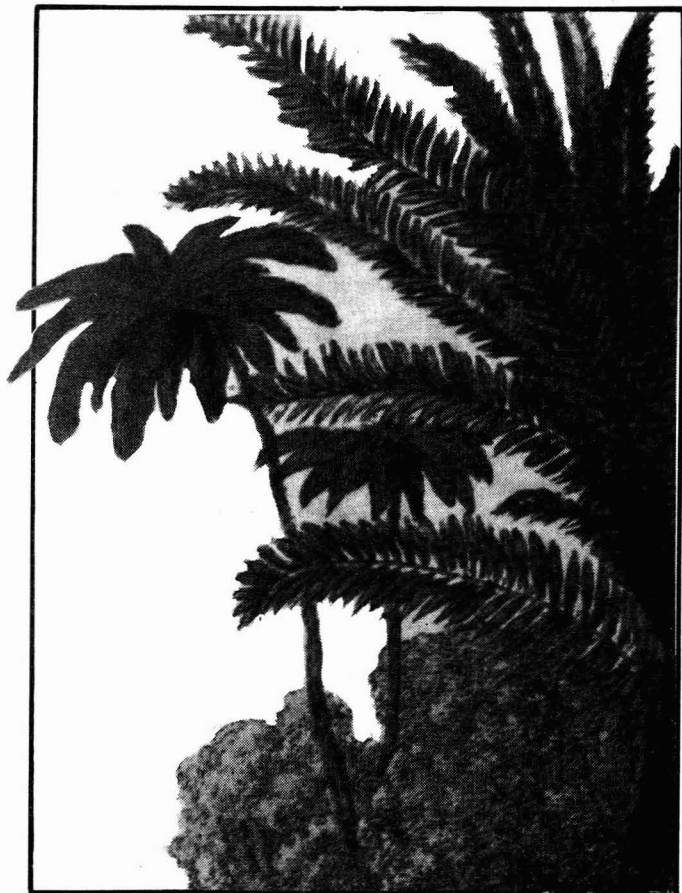
De la cartera, mordiéndose los labios, con una mano lánguida y parkinsonada, ala de cisne agonizante, sacó un revólver con el cabo de nácar incrustado de florecillas mozárabes.

—La sangre —declamó, feneciente y lívida— es la última escritura.

Apretó sin vacilar el gatillo. Y vació la maquineta nacarada en el cuerpo común de los fornicadores.

Como era su deber, volvió a desmayarse. Cayó, después de un último aleteo espasmódico, redonda, contra el vitral de arabescos vegetales.

—En esta casa —refunfuñó el ojizarco al oír el estrépito, mientras pasaba una esponja con detergente sobre los catres— ya no vale la pena ni pasar un trapo.



cían camisas de fuerza abandonadas en un manicomio en llamas.

Con esos harapos, y con su maña, se fabricó el Pájaro loco un faldón de fortuna y, trasponiendo sin pena un ventanuco que obturaban cartones y cuyo alfeizar era un cagadero de palomas, cayó en plena acera, con un pichón revoloteándole sobre la cabeza.

Los indios hacinados entre sus botijas y sus petates, que se despertaban de la siesta canturreando, lo vieron tan rubio y tan lindo que creyeron que se trataba de un Cristo con falda, como en los altares del barroco rural, o de un Cortés cagado, o hasta de Quetzalcoatl implume y —mi vida, según lo que daba relieve a aquel delantal— listo para generar enseguida a los hombres nuevos y fundar el sexto sol.

De inmediato se percataron de lo desmejorado y hambriento que estaba, como si el paso por aquel limbo vaporoso lo hubiera dejado todo esmirriado.

Sin otro medio de revigorizarlo, lo embutieron a la fuerza